

Caladas

Deva Blue

LES
editorial

Primera edición: diciembre de 2020

© Deva Blue, 2020

© A. V. Moler, prólogo, 2020

© @ragoan.designs, ilustración portada, 2020

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2020

Coord. Colección Poesía: Thais Duthie

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-33-9

Depósito legal: MU 773-2020

IBIC: DCF

Impresión: Ulzama Digital

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A todos los amores de mi vida,
que me han hecho dar
las caladas más hondas.*

prólogo

Respira hondo.

Debes de estar deseando sumergirte entre estas páginas, saborear cada sentimiento que se retrata en ellas, encontrar consuelo y comprensión en un lugar seguro en el que vas a poder refugiarte cada vez que lo necesites. Sin embargo, antes de darte paso al núcleo vivo de este poemario, es mi deber informarte de que, lo que sostienes ahora mismo entre tus manos, no es un simple libro, no. Has adquirido algo mucho más grande y significativo, algo que podría cambiarte para siempre, un pedazo de bruma, un billete de ida —y tal vez de vuelta— a un mundo de espirales y sensaciones del que puede que jamás quieras regresar.

No puedo culparte si decides no volver, después de todo... ¿quién no querría perderse para siempre en algo tan bello y al mismo tiempo aterrador como lo es el amor? ¿Hay acaso forma más real y apasionante que zambullirse en él a través de la poesía? ¿Quién no ha amado? El amor —o el desamor, más a menudo— es la única verdad que deberíamos vivir, sin

restricciones ni culpa, libres, porque amar es respirar incluso cuando duele, cuando, pese a saber que no es un crimen, nos hace sentir la condena en todo el cuerpo, con toda su fuerza, amenazando con hacernos naufragar en medio del mar, a merced de la tormenta perfecta. Porque, como escribió Emily Dickinson: «Hasta que amé, yo nunca viví bastante». Hablemos del (des)amor y la valentía, del coraje y la fortaleza, de luchar en la peor guerra conocida, la que transcurre en nuestro interior. De abrirse y exponerse, de aceptar el resultado con la certeza de que no se trata de ganar o perder. Déjame que te diga que no hay mayor prueba de valía que viajar, en cuerpo y alma, hasta el campo de batalla que todos escondemos y que rara vez nos atrevemos a enseñar, no, la verdadera prueba no es entrar en él, sino hacerlo incluso cuando tenemos miedo, con la inseguridad de quien, recordando lo que pudo ser, teme perderse en ese mundo de hogueras que no han logrado extinguirse, al menos no del todo. Y salir, con la cabeza bien alta y el humo a buen recaudo, dispuesta a recrear ese mundo y el viaje a través de él para quienes necesiten una mano que les guíe.

Te aseguro que no hay mejor mano para iniciar esta aventura que la de la autora del poemario que ahora sostienes. Una persona que, desgarrándose y exponiendo su verdad, ha dejado fluir cada una de sus fortalezas, debilidades y temores a pesar del miedo, recordándonos que lo importante no es el final, sino el recorrido y el aprendizaje que nos brinda.

Qué puedo contarte de Deva para que comprendas por qué ella, empezaré por decir que, si la RAE hiciese una búsqueda abierta de nuevos sinónimos para la palabra «arte», probablemente les haría llegar una

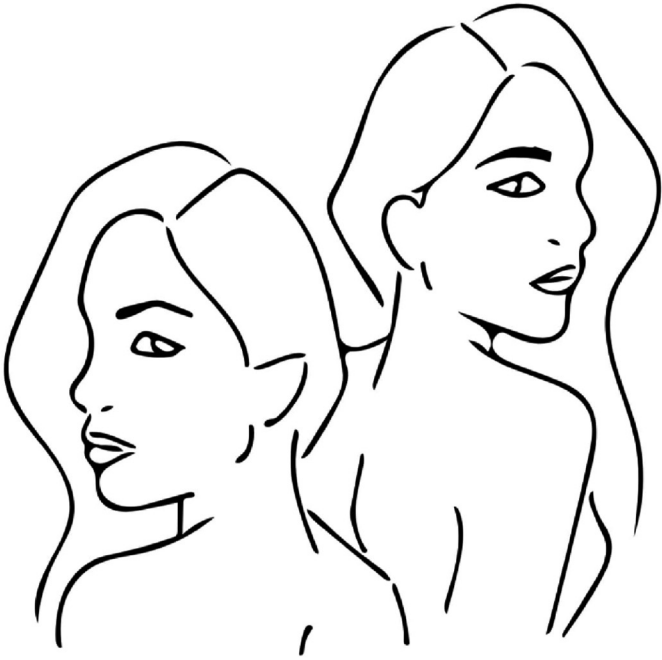
sugerencia con su nombre. Porque el arte, cualquiera que sea su forma, hace que sintamos, que nos transportemos, y eso es lo que ella consigue con cada uno de sus versos. Y es que, a través de ellos, se adquiere la capacidad de deslizarse por las curvas y las rectas de cada una de sus letras, adentrándose en un mundo de volutas que no huelen a humo, sino a momentos y emociones.

Un mundo que, como el nuestro, intercala el amor y el desamor, dando cabida en su interior a todos los colores. Porque la vida, igual que este poemario, no entiende de géneros ni sexualidades, sino de ser, de ser quien quieras sin temor al rechazo, de amar o no hacerlo, de experimentar, de sufrir y recomponerse, de caminar hacia adelante o permitirse el lujo, de vez en cuando, de parar a encontrarnos antes de retomar nuestro camino, de respeto y empatía, de libertad. Entre estas páginas encontrarás un lugar lleno de verdad, risas y alguna que otra lágrima, recorrerás recuerdos y fantasías y puede, solo puede, que te veas entre ellas.

Solo me queda desearte que disfrutes de la lectura, que te eleves como el humo, que te encuentres y te ames.

Que seas, sin más.

A. V. MOLER



No es que quiera ser poeta y no musa.
Quiero ser ambas.

Y lo soy.



domingo

Me he dado cuenta de algo:
que, si no puedo tenerte, no es el fin del mundo.
Ni siquiera de mi mundo.
Necesito un analgésico.
Putá resaca.

Anoche, por fin,
me pinté los labios
sin pensar en si tú los ibas a probar.
Por fin,
grité para hacerme oír por encima de la música,
y no porque tú estabas muy lejos para escucharme.
Por fin,
di vueltas sobre mí misma
sin necesitar tu mano como eje.
Por fin,
mi caminar errático se ha debido al alcohol,
y no a no saber dónde encontrarte.
Hoy, por fin,
me ha despertado el dolor de cabeza,
y no el de tu ausencia en la cama.
Por fin,
he disfrutado de tenerla toda para mí.
Por fin,
una resaca con la que puedo lidiar.
Por fin,
la cura es un analgésico y mucha agua.
Por fin,
no eres tú.



Ya no es agua, ahora es humo.
El del último cigarro.
Un campo de batalla demasiado estrecho
para la guerra que se libraba dentro de la bañera.
Donde los gritos eran risas,
y los disparos besos fuera de los labios.
Donde tu retirada significó la paz,
una paz muda y fría que ni el agua
—que ya no es agua, es humo,
el de los cañones que no dieron tregua
a nuestra piel desnuda—
puede templar.
Porque la paz sin ti no es más
que una paz aparente, amenazada
por cualquiera de tus recuerdos
escondidos en el vapor y convirtiendo
esto en una guerra de guerrillas
que solo terminaría con el olvido,
cuando mi memoria te filtrase,
te dejase escapar con el agua
que se va por el desagüe.
Que no es agua, es humo.
Como tú.
Como nosotras.
Como cuando hicimos el amor la guerra
en esta bañera y yo perdí.
Y tú no ganaste.

III

Quiso sentir la ilusión del primer beso,
sin acordarse de que este acabó caducando
ni de lo que duró el regusto a mierda.

IV

Nunca fue más fácil quererte
que cuando quise dejar de hacerlo.
Y mira que te dije veces esas dos palabras,
pero algunos «te quiero» eran enormes
y se quedaron atascados en la garganta,
y aún hoy no me dejan tragar saliva.
Creo que se están descomponiendo,
noto el sabor de la pérdida,
y los besos que actuaban de brújula
son ahora estrellas apagadas.
Muertas.

Te echo de menos cada vez que me dueles
—niña masoquista—
y en cada paseo nocturno.
Vuelve, cariño,
y bésame como la primera vez.
Y luego vete,
para que puedas seguir doliendo.

V

Creemos que el dolor nos hace fuertes,
pero no es verdad.
El dolor solo duele.

Y ya no sé si el dolor es sordo o soy yo quien finge
estarlo para no oír lo que no quiero.

Lo que no quieres.

Que tu voz ha sido durante tanto tiempo mi canción
favorita que me cuesta asociarla con el gruñido
que me echa de tu lado.

Con esas palabras que, sin pronunciarlas, me rompen
el corazón.

Que él es ciego, no sordo, y llora con la lenta melodía
que tus labios ya no besan.

Y construye una muralla que solo sirve en apariencia,
y que cualquier lobo —como tú— podrá barrerla
de un solo soplido.

Porque una tirita no hace milagros.

Ya no tenemos cinco años.

Y duele.